

Brown enfrenta a Garibaldi

A fines de junio de 1842, Giuseppe Garibaldi, convertido en jefe de la armada oriental, se hizo a la vela en Montevideo con una flotilla de cinco naves. Su objetivo era forzar el paso de Martín García para ayudar a Corrientes amenazada por las fuerzas de Oribe. Logró su propósito, acercándose a la isla enarbolando la bandera de la Confederación. A partir de ese momento la prensa de Buenos Aires, cada vez que se refiere a él, lo llama "pirata". Remontando el río Paraná, el 19 de julio, se encontró frente a la Bajada con la goleta "La Argentina" y dos lanchones de Juan F. Seguí, que trataron de cerrarle el paso. La superioridad de la escuadrilla de Garibaldi le permite dominar a los buques federales y seguir a Corrientes. Apresa a las embarcaciones mercantes que encuentra a su paso y asalta las poblaciones ribereñas desguarnecidas.

Rosas divide entonces la escuadrilla argentina: 4 buques al mando de Thorne custodiarán Buenos Aires y Guillermo Brown saldrá en persecución de Garibaldi. Lo alcanza cerca de Corrientes, en Costa Brava. Garibaldi acerca sus naves a la costa, echa a tierra algunas piezas de artillería, y con ellas y marineros con fusiles forma una batería en espera de la escuadrilla de Brown, que remonta la corriente del río.

El combate dura dos días –15 y 16 de agosto–. Garibaldi pierde todos sus buques y debe escapar por tierra.

La victoria federal es estruendosamente festejada en Buenos Aires, donde reciben triunfalmente al viejo almirante.

El texto que sigue, de Marcos Aguinis, fue extraído de la novela *El combate perpetuo.* Esta novela apareció por primera vez en 1981. En el prólogo a la tercera edición, de 1996, Marcos Aguinis escribía: "Este libro es también un homenaje a muchos escritores que animaron mi juventud y aún pueblan mis ensueños: Stefan Zweig, Emilio Salgari, Joseph Conrad, Julio Verne, Herman Melville, Alejandro Dumas, Romain Rolland. A cualquiera de ellos –pese a sus estilos y preferencia disímiles– le hubiese conmovido el incansable luchador que fue Guillermo Brown. Lo hubieran amado por su intrepidez, generosidad, frustraciones, compulsión y trastornos psíquicos. Por su humana complejidad y por las circunstancias excepcionales que le dieron marco".

Presentación de Guillermo Piro.

Por Marcos Aguinis

EL COMBATE PERPETUO

Giuseppe Garibaldi, luego de servir a la causa republicana de los brasileños riograndenses, se construye una cabaña y disfruta algún tiempo de paz en la provincia argentina de Corrientes con su hermosa compañera Anita y su hijo. Pero carece de noticias sobre sus padres y se siente demasiado aislado. Cuando se agotan las reservas, decide hacerse de una hacienda en el Uruguay. Solicita permiso de radicación provisoria y, con gran fatiga y evidente inexperiencia, logra reunir algunos centenares de vacunos. Pierde muchas cabezas en el trayecto a Montevideo y con el magro producto de las ventas de cueros apenas sostiene a su familia y a dos compañeros de armas. Se emplea como profesor de matemáticas. Curiosas peripecias del guerrero.

Advertido el gobierno uruguayo de sus antecedentes brillantes en el terreno militar, le ofrece el mando de la corbeta "Constitución" y poco después le encomienda una difícil misión bélica: dirigirse a Corrientes por vía fluvial para llevar armas y hombres a su gobernador, general Pedro Ferré, sublevado contra Rosas. Su enemigo en las aguas será el almirante Guillermo Brown.

Garibaldi acepta. Su fuerza se compone de la mencionada "Constitución", el bergantín "Pereira" (comandado por el valiente capitán Arana Urioste, que sufrirá una muerte vil) y el transporte "Prócida". Sostiene un primer combate contra las fortificaciones de Martín García. Embarranca su nave insignia y, para reflotarla, debe transportar los objetos pesados a la "Prócida". Mientras realiza la agobiante tarea, Garibaldi descubre que siete buques de la escuadra argentina se le vienen encima a toda vela. Su "Constitución" está hundida en la arena y desprovista de los cañones que ya se amontonaron en la "Prócida". Sólo queda el bergantín "Pereira" para el combate. Garibaldi oye los rugidos triunfales del adversario. No desespera. Tiene treinta y cinco años y una cadena de naufragios, catástrofes y también vuelcos de la suerte. Esta vez se repite el vuelco; pero en su favor: el buque insignia de Brown también encalla cerca de la isla y una densa niebla empieza a cubrir el río. Garibaldi consigue escapar con sus tres navíos.

Su plan supone un viaje por el río Uruguay. Es el más corto a Corrientes. Pero por allí lo perseguiría Brown. Cambia entonces de plan. Los prácticos expresan estupor y miedo: una de las orillas del río Uruguay es aliada; en cambio las dos del Paraná son enemigas. Garibaldi rechaza el argumento. Insisten los prácticos en que no saben conducir por el Paraná. "Al cabo de muchas indagaciones –relataría después Garibaldi–, supe que uno de ellos conocía algo el río, pero se callaba por temor. Mi sable allanó bien pronto la dificultad y tuvimos práctico".

Con acciones nocturnas se provee de transportes y otros prácticos en San Nicolás. Lucha contra tropas de caballería. Vence obstáculos fluviales. Apresa naves provenientes del Paraguay. La expedición va culminando con éxito. En Caballo-Guatiá, se le une la flotilla correntina. Alborozo. El italiano está a punto de concluir su misión.

Costa Brava es un paraje cercano al límite de Entre Ríos con Corrientes. La falta de profundidad impide el avance de la "Constitución". "Según los prácticos, no se había visto tal en medio siglo". Tiene que esperar la subida de las aguas. Esto es grave. Muestra un vuelco de la suerte: ahora en su contra. Llegará Brown quien, luego de buscarlo infructuosamente por el río Uruguay, ya navega por el Paraná aplicando una rigurosa técnica que no disminuye el ritmo de avance: cuando el viento afloja, aplica remolques y sirga. Todas las tripulaciones y todos los oficiales sin distinción deben ocuparse alternativamente de los remolques, tanto en las balleneras como en las costas empantanadas. El agotamiento y la disconformidad, sin embargo, no desembocan en motín por el respeto que suscita el infatigable anciano. La única medida disciplinaria importante que tuvo que aplicar fue contra su propio hijo, el capitán Eduardo Brown, a quien releva del mando y envía de regreso a Buenos Aires en la primera embarcación que los cruza.

Garibaldi se prepara para el desigual enfrentamiento. Ubica sus naves en forma transversal al río. "Disponer así las cosas me costó mucho trabajo por causa de la corriente que, aunque poca en el punto elegido, nos obligaba a usar todas las cadenas, áncoras y cables para anclar barcos, principalmente la "Constitución", que calaba dieciocho pies (...). No habíamos terminado aún nuestros trabajos cuando apareció la escuadra enemiga, compuesta por siete buques. Era superior en mucho a la nuestra y se encontraba en situación de poder recibir toda clase de refuerzos y víveres. Nosotros –prosigue Garibaldi– no sólo estábamos lejos de la ciudad de Corrientes, única que podía socorrernos, sino que teníamos casi la seguridad de no recibir ningún auxilio, como lo probaron los hechos. Pero era necesario combatir, aun teniendo la certeza de encontrar la muerte."

Iban a chocar dos fortalezas. Garibaldi, que pronto se convertiría en "héroe de dos mundos" y Brown, a quien el mismo Garibaldi califica "primera celebridad marítima de la América meridional, con justos títulos".

El italiano se atrinchera parcialmente en tierra. El viento escaso y la poca profundidad también determinan un desembarco parcial de Brown. Se disputan palmo a palmo las orillas hasta entrada la noche. A la primera claridad se reanuda la lucha con tiros de fusilería y cañonazos. Al impulso de una gritería feroz se intentan abordajes. Garibaldi sufre la pérdida de varios oficiales. "No fueron pocos los daños sufridos por ambas escuadras, tantos que nuestros barcos quedaron en esqueleto. La corbeta "Constitución", a pesar de que no se dejaron de tapar las bocas producidas por los tiros, hacía tanta agua que apenas se la podía eliminar manejando las bombas sin reposo y empleando por turno a toda la gente".

El capitán Arana Urioste concibe un plan arriesgadísimo para atacar por sorpresa a Brown. Atraviesa los pajonales seguido por varios hombres. Los argentinos descubren la intentona y esperan con la rodilla en tierra y absoluto silencio. Al tenerlos a tiro de fusil hacen una descarga mortífera. En la oscuridad no pueden ser reconocidos los heridos sino por sus estertores. Entre ellos, con



la cabeza sangrante, yace Arana Urioste, comandante del bergantín "Pereira". Una columna de federales lo reconocen y protagonizan una escena de salvajismo: le cortan la barba con lonjas de piel, le abren el vientre y arrancan la vejiga, lo castran y cuelgan de los brazos.

La tropa de Garibaldi incrementa sus pérdidas. Los sobrevivientes están agotados de luchar y bombear el agua. Pero el italiano no se rendirá mientras le quede pólvora.

Llega otra vez la noche. Garibaldi prepara brulotes (embarcaciones minadas). A las dos de la mañana lanza uno, que se dirige hacia la escuadra argentina siguiendo el curso de la corriente. Brown no duerme; recorre la cubierta y el castillo empuñando el catalejo. Descubre el solitario bulto flotante y, en el acto, se da cuenta de la inminente explosión. Encomienda al primero que tiene cerca lanzarse a conjurar la amenaza. Este, acompañado por algunos marineros, salta a un bote y a fuerza de remo consigue llegar al brulote y desviarlo hacia un banco de arena donde estalla. El almirante recibe al valiente joven. Estrechándole la mano, dice:

–Lo que acaba de hacer en cumplimiento

EL COMBATE PERPETUO

Por Marcos Aguinis

Giuseppe Garibaldi, luego de servir a la causa republicana de los brasileños riograndenses, se construye una cabaña y disfruta algún tiempo de paz en la provincia argentina de Corrientes con su hermosa compañera Anita y su hijo. Pero carece de noticias sobre sus padres y se siente demasiado aislado. Cuando se agotan las reservas, decide hacerse de una hacienda en el Uruguay. Solicita permiso de radicación provisoria y, con gran fatiga y evidente inexperiencia, logra reunir algunos centenares de vacunos. Pierde muchas cabezas en el trayecto a Montevideo y con el magro producto de las ventas de cueros apenas sostiene a su familia y a dos compañeros de armas. Se emplea como profesor de matemáticas. Curiosas peripecias del guerrero.

Advertido el gobierno uruguayo de sus antecedentes brillantes en el terreno militar, le ofrece el mando de la corbeta "Constitución" y poco después le encomienda una difícil misión bélica: dirigirse a Corrientes por vía fluvial para llevar armas y hombres a su gobernador, general Pedro Ferré, sublevado contra Rosas. Su enemigo en las aguas será el almirante Guillermo Brown.

Garibaldi acepta. Su fuerza se compone de la mencionada "Constitución", el bergantín "Pereira" (comandado por el valiente capitán Arana Urioste, que sufrirá una muerte vil) y el transporte "Prócida". Sostiene un primer combate contra las fortificaciones de Martín García. Embarranca su nave insignia y, para reflotarla, debe transportar los objetos pesados a la "Prócida". Mientras realiza la agobiante tarea, Garibaldi descubre que siete buques de la escuadra argentina se le vienen encima a toda vela. Su "Constitución" está hundida en la arena y desprovista de los cañones que ya se amontonaron en la "Prócida". Sólo queda el bergantín "Pereira" para el combate. Garibaldi oye los rugidos triunfales del adversario. No desespera. Tiene treinta y cinco años y una cadena de naufragios, catástrofes y también vuelcos de la suerte. Esta vez se repite el vuelco; pero en su favor: el buque insignia de Brown también encalla cerca de la isla y una densa niebla empieza a cubrir el río. Garibaldi consigue escapar con sus tres navíos.

Su plan supone un viaje por el río Uruguay. Es el más corto a Corrientes. Pero por allí lo perseguiría Brown. Cambia entonces de plan. Los prácticos expresan estupor y miedo: una de las orillas del río Uruguay es aliada; en cambio las dos del Paraná son enemigas. Garibaldi rechaza el argumento. Insisten los prácticos en que no saben conducir por el Paraná. "Al cabo de muchas indagaciones –relataría después Garibaldi–, supe que uno de ellos conocía algo el río, pero se callaba por temor. Mi sable allanó bien pronto la dificultad y tuvimos práctico".

Con acciones nocturnas se provee de transportes y otros prácticos en San Nicolás. Lucha contra tropas de caballería. Vence obstáculos fluviales. Apresa naves provenientes del Paraguay. La expedición va culminando con éxito. En Caballo-Guatiá, se le une la flotilla correntina. Alborozo. El italiano está a punto de concluir su misión.

Costa Brava es un paraje cercano al límite de Entre Ríos con Corrientes. La falta de profundidad impide el avance de la "Constitución". "Según los prácticos, no se había visto tal en medio siglo". Tiene que esperar la subida de las aguas. Esto es grave. Muestra un vuelco de la suerte: ahora en su contra. Llegará Brown quien, luego de buscarlo infructuosamente por el río Uruguay, ya navega por el Paraná aplicando una rigurosa técnica que no disminuye el ritmo de avance: cuando el viento afloja, aplica remolques y sirga. Todas las tripulaciones y todos los oficiales sin distinción deben ocuparse alternativamente de los remolques, tanto en las balleneras como en las costas empantanadas. El agotamiento y la disconformidad, sin embargo, no desembocan en motín por el respeto que suscita el infatigable anciano. La única medida disciplinaria importante que tuvo que aplicar fue contra su propio hijo, el capitán Eduardo Brown, a quien releva del mando y envía de regreso a Buenos Aires en la primera embarcación que los cruza.

Garibaldi se prepara para el desigual enfrentamiento. Ubica sus naves en forma transversal al río. "Disponer así las cosas me costó mucho trabajo por causa de la corriente que, aunque poca en el punto elegido, nos obligaba a usar todas las cadenas, áncoras y cables para anclar barcos, principalmente la "Constitución", que calaba dieciocho pies (...). No habíamos terminado aún nuestros trabajos cuando apareció la escuadra enemiga, compuesta por siete buques. Era superior en mucho a la nuestra y se encontraba en situación de poder recibir toda clase de refuerzos y víveres. Nosotros –prosigue Garibaldi– no sólo estábamos lejos de la ciudad de Corrientes, única que podía socorrernos, sino que teníamos casi la seguridad de no recibir ningún auxilio, como lo probaron los hechos. Pero era necesario combatir, aun teniendo la certeza de encontrar la muerte."

Iban a chocar dos fortalezas. Garibaldi, que pronto se convertiría en "héroe de dos mundos" y Brown, a quien el mismo Garibaldi califica "primera celebridad marítima de la América meridional, con justos títulos".

El italiano se atrinchera parcialmente en tierra. El viento escaso y la poca profundidad también determinan un desembarco parcial de Brown. Se disputan palmo a palmo las orillas hasta entrada la noche. A la primera claridad se reanuda la lucha con tiros de fusilería y cañonazos. Al impulso de una gritería feroz se intentan abordajes. Garibaldi sufre la pérdida de varios oficiales. "No fueron pocos los daños sufridos por ambas escuadras, tantos que nuestros barcos quedaron en esqueleto. La corbeta "Constitución", a pesar de que no se dejaron de tapar las bocas producidas por los tiros, hacía tanta agua que apenas se la podía eliminar manejando las bombas sin reposo y empleando por turno a toda la gente".

El capitán Arana Urioste concibe un plan arriesgadísimo para atacar por sorpresa a Brown. Atraviesa los pajonales seguido por varios hombres. Los argentinos descubren la intentona y esperan con la rodilla en tierra y absoluto silencio. Al tenerlos a tiro de fusil hacen una descarga mortífera. En la oscuridad no pueden ser reconocidos los heridos sino por sus estertores. Entre ellos, con



la cabeza sangrante, yace Arana Urioste, comandante del bergantín "Pereira". Una columna de federales lo reconocen y protagonizan una escena de salvajismo: le cortan la barba con lonjas de piel, le abren el vientre y arrancan la vejiga, lo castran y cuelgan de los brazos.

La tropa de Garibaldi incrementa sus pérdidas. Los sobrevivientes están agotados de luchar y bombear el agua. Pero el italiano no se rendirá mientras le quede pólvora.

Llega otra vez la noche. Garibaldi prepara brulotes (embarcaciones minadas). A las dos de la mañana lanza uno, que se dirige hacia la escuadra argentina siguiendo el curso de la corriente. Brown no duerme; recorre la cubierta y el castillo empuñando el catalejo. Descubre el solitario bulto flotante y, en el acto, se da cuenta de la inminente explosión. Encomienda al primero que tiene cerca lanzarse a conjurar la amenaza. Este, acompañado por algunos marineros, salta a un bote y a fuerza de remo consigue llegar al brulote y desviarlo hacia un banco de arena donde estalla. El almirante recibe al valiente joven. Estrechándole la mano, dice:

–Lo que acaba de hacer en cumplimiento de su deber es demasiado para sus doce años.

El fracaso no desanima a Garibaldi. A las tres de la madrugada lanza otro brulote. Es más poderoso que el anterior: contiene barriles de pólvora y alquitrán para explotar varios buques. Lo camufla con cueros y bolsas de cerda. El práctico genovés Luis Cavassa es quien en esta ocasión detecta el peligro, porque alcanza a distinguir un chisporroteo que se balancea. La llama ya corre cerca de los explosivos. No hay tiempo de desviar el brulote. Rema con vigor, trepa a la embarcación minada, arranca la mecha y la arroja al agua.

Brown, al felicitarlo, no lo llama práctico, sino teniente Cavassa. Con los años Cavassa alcanzaría la más alta graduación de la Marina nacional.

El comandante de la escuadrilla correntina, impuesto del revés que aflige a Garibaldi, lo abandona. Esto le amputa la capacidad de resistencia. "Bien justificada era mi tristeza –refiere el italiano–, porque la mayor parte de nuestros pequeños barcos había quedado fuera de servicio durante la lucha. Yo contaba con los barcos correntinos en la inevitable retirada, para salvar muchos heridos y embarcar los víveres necesarios... La última esperanza se desvanecía con la miserable defección de nuestros aliados (...). Necesitaba combatir, y no veía en torno mío más que gente dominada por la fatiga; no oía otros sonidos, otros rumores que los lamentos desgarradores de los desgraciados heridos que aún no habían sido transportados al buque hospital, porque era incapaz de contenerlos a todos."

Nuevas pérdidas para Garibaldi. Los cartuchos confeccionados durante la noche contienen pólvora inferior; los tiros no dan en el blanco; las cadenas que disparan los cañones no hacen mella a la distancia. Ha llegado el momento límite: debe retirarse. Pero sus buques son ruinas. Sólo puede salvar algunos hombres y después incendiar los restos de la flotilla. Ordena trasbordar heridos y municiones a una pequeña embarcación mientras prosigue el combate. Que con aguardiente rocíen los objetos combustibles y les prendan fuego: no cederá presas al enemigo.

"Conviene aquí narrar un hecho bien desconsolador –añade Garibaldi– originado por el exceso de las bebidas espirituosas. Los equipajes que yo mandaba estaban compuestos por hombres de todas las naciones. Los extranjeros eran en su mayor parte marinos y casi todos desertores de barcos de guerra; debo confesar que estos eran los menos díscolos. Entre los americanos, la generalidad había sido expulsada de los ejércitos de tierra por delitos, muchos por homicidios. De modo que eran verdaderos canallas y se necesitaba todo el rigor posible para mantener el orden. Sólo en los días de lucha estaba disciplinada esta mezcla de gentes y se batían como leones. Ahora, para hacer el incendio más eficaz, se habían reunido muchos objetos combustibles y sobre ellos se esparcía una buena cantidad de aguardiente que formaba parte de nuestras provisiones. Por desgracia, aquellos hombres acostumbrados a vivir con una pequeña cantidad de espíritu, al encontrarlo en tal abundancia, se embriagaron hasta el punto de quedar imposibilitados para moverse. Fue un caso bien doloroso: encontrarse en la imperiosa necesidad de abandonar a aquellos valientes y desgraciados hombres para que fuesen presas de las llamas. Hice cuanto pude, obligando a los compañeros más serenos a no abandonarlos; yo mismo recogí cuantos me fue posible hasta el último instante, cargándolos sobre mi espalda para ponerlos a salvo."

La escuadra argentina nota que Garibaldi y sus hombres se alejan en una pequeña embarcación y comienzan a perseguirlos. Explota la santabárbara de la "Constitución". Una lluvia de fragmentos en llamas cubre el río y los alrededores. La escena es sobrecogedora. Pareciera haberse estremecido el planeta. Garibaldi prosigue la fuga. Algunos oficiales proponen encender los pajonales de la isla "para quemar como ratas hasta el último salvaje unitario". El almirante los aparta con un gesto.

–¡Garibaldi es un valiente! ¡Dejen que se escape!

Luego ordena investigar en la maleza para rescatar los heridos, recoger armas abandonadas y salvar algunos cañones de los buques incendiados.

El propio Brown, acompañado por el cirujano Hugo Tomás Sheridan, recorre los pajonales salpicados de víctimas. De pronto está frente al cadáver del capitán Arana Urioste, desnudo y mutilado. Retrocede con horror. Aferra el brazo de su acompañante y prorrumpe:

–¡Ah! ¡Si yo supiera quién ha hecho esto, lo mando fusilar en el acto!

Le entregan la espada de Arana Urioste, que se niega a recibir. Vuelto a bordo de su buque, ahíto de rabia y asco, ordena la inhumación de aquellos despojos profanados y que se instale una cruz en el lugar.

Este triunfo no le da satisfacción. A la inversa de lo que ocurrió en la guerra contra el Brasil, cuenta con una fuerza superior a la del adversario. Y es un adversario magnífico... Para colmo, se han cometido actos miserables de carnicería que no pueden justificarse ni perdonarse.

Juan Manuel de Rosas, por el contrario, se pone muy contento cuando recibe las noticias. Las huestes del "pardejón Rivera" metidas en los ríos interiores podían hacerle trepidar el régimen, perturbar el comercio, sublevar más caudillos, incrementar la virulencia de ingleses y franceses. La acción del "viejo Bruno" le viene de perillas. Y resuelve convertir la batalla de Costa Brava en un hito histórico. Manda organizar festejos y que sus servidores exalten la expectativa para cuando se produzca el regreso del almirante.

Brown, por diversas causas, demora su retorno. Aparece frente a la rada de Buenos Aires recién el 8 de setiembre. La ciudad aparece embanderada. Los cañones del Fuerte lo saludan. Bandas militares y la orquesta del teatro Victoria llenan el aire con música. Se comienza a preparar un asado con cuero en la Alameda para la multitud de gauchos y negros que invaden la costa.

Manuelita Rosas, seguida por damas y altos funcionarios, se adelanta al buque insignia para darle la bienvenida. Las campanas y las aclamaciones estremecen toda la ribera. Brown llega a tierra con su brillante uniforme de gala. Pasa una correntada de lavanderas haciendo tremolar paños, como una murga.

Lo conducen hacia la Capitanía del Puerto que fue acondicionada para la ocasión. Se cubrió el techo con maderas y el piso con alfombras; las paredes fueron tapizadas con bramante festoneado de punzó y se colgaron, en forma alternada, espejos y grabados. Doce magníficas arañas penden del techo y una infinidad de candelabros rutilantes emergen de las columnas. En la cabecera lucen grandes retratos del Restaurador, del destituido presidente uruguayo Oribe y del almirante Brown, rodeados de una profusa simbología marcial: cañones, fusiles, espadas, lanzas, cornetas y hasta cuatro buques *.

Al inaugurar el vigesimosegundo período de la Legislatura, Juan Manuel de Rosas expresa en su mensaje: "El invicto brigadier don Guillermo Brown pertenece a los defensores ilustres de nuestra independencia".

** Este decorado es repetido en la fiesta que se celebra al mes siguiente bajo una enorme inscripción: "Los federales amantes de nuestro ilustre Restaurador de las Leyes, reconocidos al vencedor de Costa Brava".*

Capítulo 28 de El combate perpetuo, Marcos Aguinis (Sudamericana, 1996).



de su deber es demasiado para sus doce años.

El fracaso no desanima a Garibaldi. A las tres de la madrugada lanza otro brulote. Es más poderoso que el anterior: contiene barriles de pólvora y alquitrán para explotar varios buques. Lo camufla con cueros y bolsas de cerda. El práctico genovés Luis Cavassa es quien en esta ocasión detecta el peligro, porque alcanza a distinguir un chisporroteo que se balancea. La llama ya corre cerca de los explosivos. No hay tiempo de desviar el brulote. Rema con vigor, trepa a la embarcación minada, arranca la mecha y la arroja al agua.

Brown, al felicitarlo, no lo llama práctico, sino teniente Cavassa. Con los años Cavassa alcanzaría la más alta graduación de la Marina nacional.

El comandante de la escuadrilla correntina, impuesto del revés que aflige a Garibaldi, lo abandona. Esto le amputa la capacidad de resistencia. "Bien justificada era mi tristeza –refiere el italiano–, porque la mayor parte de nuestros pequeños barcos había quedado fuera de servicio durante la lucha. Yo contaba con los barcos correntinos en la inevitable retirada, para salvar muchos heridos y embarcar los víveres necesarios... La última esperanza se desvanecía con la miserable defección de nuestros aliados (...). Necesitaba combatir, y no veía en torno mío más que gente dominada por la fatiga; no oía otros sonidos, otros rumores que los lamentos desgarradores de los desgraciados heridos que aún no habían sido transportados al buque hospital, porque era incapaz de contenerlos a todos."

Nuevas pérdidas para Garibaldi. Los cartuchos confeccionados durante la noche contienen pólvora inferior; los tiros no dan en el blanco; las cadenas que disparan los cañones no hacen mella a la distancia. Ha llegado el momento límite: debe retirarse. Pero sus buques son ruinas. Sólo puede salvar algunos hombres y después incendiar los restos de la flotilla. Ordena trasbordar heridos y municiones a una pequeña embarcación mientras prosigue el combate. Que con aguardiente rocíen los objetos combustibles y les prendan fuego: no cederá presas al enemigo.

"Conviene aquí narrar un hecho bien desconsolador –añade Garibaldi– originado por el exceso de las bebidas espirituosas. Los equipajes que yo mandaba estaban compuestos por hombres de todas las naciones. Los extranjeros eran en su mayor parte marinos y casi todos desertores de barcos de guerra; debo confesar que estos eran los menos díscolos. Entre los americanos, la generalidad había sido expulsada de los ejércitos de tierra por delitos, muchos por homicidios. De modo que eran verdaderos canallas y se necesitaba todo el rigor posible para mantener el orden. Sólo en los días de lucha estaba disciplinada esta mezcla de gentes y se batían como leones. Ahora, para hacer el incendio más eficaz, se habían reunido muchos objetos combustibles y sobre ellos se esparcía una buena cantidad de aguardiente que formaba parte de nuestras provisiones. Por desgracia, aquellos hombres acostumbrados a vivir con una pequeña cantidad de espíritu, al encontrarlo en tal abundancia, se embriagaron hasta el punto de quedar imposibilitados para moverse. Fue un caso bien doloroso: encontrarse en la imperiosa necesidad de abandonar a aquellos valientes y desgraciados hombres para que fuesen presas de las llamas. Hice cuanto pude, obligando a los compañeros más serenos a no abandonarlos; yo mismo recogí cuantos me fue posible hasta el último instante, cargándolos sobre mi espalda para ponerlos a salvo."

La escuadra argentina nota que Garibaldi y sus hombres se alejan en una pequeña embarcación y comienzan a perseguirlos. Explota la santabárbara de la "Constitución". Una lluvia de fragmentos en llamas cubre el río y los alrededores. La escena es sobrecogedora. Pareciera haberse estremecido el planeta. Garibaldi prosigue la fuga. Algunos oficiales proponen encender los pajonales de la isla "para quemar como ratas hasta el último salvaje unitario". El almirante los aparta con un gesto.

–¡Garibaldi es un valiente! ¡Dejen que se escape!

Luego ordena investigar en la maleza para rescatar los heridos, recoger armas abandonadas y salvar algunos cañones de los buques incendiados.

El propio Brown, acompañado por el cirujano Hugo Tomás Sheridan, recorre los pajonales salpicados de víctimas. De pronto está frente al cadáver del capitán Arana Urioste, desnudo y mutilado. Retrocede con horror. Aferra el brazo de su acompañante y prorrumpe:

–¡Ah! ¡Si yo supiera quién ha hecho esto, lo mando fusilar en el acto!

Le entregan la espada de Arana Urioste, que se niega a recibir. Vuelto a bordo de su buque, ahíto de rabia y asco, ordena la inhumación de aquellos despojos profanados y que se instale una cruz en el lugar.

Este triunfo no le da satisfacción. A la inversa de lo que ocurrió en la guerra contra el Brasil, cuenta con una fuerza superior a la del adversario. Y es un adversario magnífico... Para colmo, se han cometido actos miserables de carnicería que no pueden justificarse ni perdonarse.

Juan Manuel de Rosas, por el contrario, se pone muy contento cuando recibe las noticias. Las huestes del "pardejón Rivera" metidas en los ríos interiores podían hacerle trepidar el régimen, perturbar el comercio, sublevar más caudillos, incrementar la virulencia de ingleses y franceses. La acción del "viejo Bruno" le viene de perillas. Y resuelve convertir la batalla de Costa Brava en un hito histórico. Manda organizar festejos y que sus servidores exalten la expectativa para cuando se produzca el regreso del almirante.

Brown, por diversas causas, demora su retorno. Aparece frente a la rada de Buenos Aires recién el 8 de setiembre. La ciudad aparece embanderada. Los cañones del Fuerte lo saludan. Bandas militares y la orquesta del teatro Victoria llenan el aire con música. Se comienza a preparar un asado con cuero en la Alameda para la multitud de gauchos y negros que invaden la costa.

Manuelita Rosas, seguida por damas y altos funcionarios, se adelanta al buque insignia para darle la bienvenida. Las campanas y las aclamaciones estremecen toda la ribera. Brown llega a tierra con su brillante uniforme de gala. Pasa una correntada de lavanderas haciendo tremolar paños, como una murga.

Lo conducen hacia la Capitanía del Puerto que fue acondicionada para la ocasión. Se cubrió el techo con maderas y el piso con alfombras; las paredes fueron tapizadas con bramante festoneado de punzó y se colgaron, en forma alternada, espejos y grabados. Doce magníficas arañas penden del techo y una infinidad de candelabros rutilantes emergen de las columnas. En la cabecera lucen grandes retratos del Restaurador, del destituido presidente uruguayo Oribe y del almirante Brown, rodeados de una profusa simbología marcial: cañones, fusiles, espadas, lanzas, cornetas y hasta cuatro buques *.

Al inaugurar el vigesimosegundo período de la Legislatura, Juan Manuel de Rosas expresa en su mensaje: "El invicto brigadier don Guillermo Brown pertenece a los defensores ilustres de nuestra independencia".

** Este decorado es repetido en la fiesta que se celebra al mes siguiente bajo una enorme inscripción: "Los federales amantes de nuestro ilustre Restaurador de las Leyes, reconocidos al vencedor de Costa Brava".*

, Marcos Aguinis (Sudamericana, 1996).

Desde estas soleadas playas

Así comienza cada uno de los mensajes que el pobre Juan recibió esta semana. Acompáñelo mientras espera que las mujeres de la familia regresen de las vacaciones, y deduzca las relaciones correctas sabiendo que este "quién es quién" es un poco diferente pues las pistas no son afirmaciones, sino que todas expresan una condición: cada una indica que "si pasa tal cosa, entonces sucede tal otra". En el recuadro le explicamos cómo manejarse con los condicionales, lo cual ayudará a extraer conclusiones. Guiándose por estas reglas, vaya viendo cuáles datos pueden ser verdaderos y cuáles falsos. Si aparece alguna contradicción, es señal de que el camino seguido no lleva a la solución. En este caso, revise lo andado y comience de nuevo.

1. Si Matilde está en Miami, entonces el telegrama llegó desde Cancún.
2. Si el telegrama llegó desde Cancún, entonces la madre está en Capri.
3. Si la madre está en Capri, entonces Irene es la esposa.
4. Si Irene es la esposa, entonces Matilde es la madre.
5. Si Victoria no está en Cancún, entonces Matilde está en Miami.
6. Si Victoria está en Cancún, entonces la tía está en Ibiza.
7. Si la tía está en Ibiza, entonces la postal llegó desde Miami.
8. Si la postal llegó desde Miami, entonces Carolina envió un e-mail.
9. Si Carolina envió un e-mail, entonces la madre envió una carta.
10. Si la madre envió una carta, entonces la hija está en Cancún.

COMO USAR LAS PISTAS
- Cada pista tiene la forma "Si pasa A, entonces pasa B".
- Cuando A es verdadero, por fuerza B también lo es.
- Cuando A es falso, no se pueden sacar conclusiones sobre B: B puede ser verdadero o falso.
- Cuando B es falso, A también es falso.
- Cuando B es verdadero, no se pueden sacar conclusiones sobre A: A puede ser verdadero o falso.

		ES LA				DESDE				MANDO			
		Esposa	Hija	Madre	Tía	Cancún	Capri	Ibiza	Miami	Carta	E-mail	Postal	Telegrama
PARIENTA	Carolina												
	Irene												
	Matilde												
	Victoria												
MANDO	Carta												
	E-mail												
	Postal												
	Telegrama												
DESDE	Cancún												
	Capri												
	Ibiza												
	Miami												

Ortodoxo

AYUDAS: BIGA, BROG

HORIZONTALES

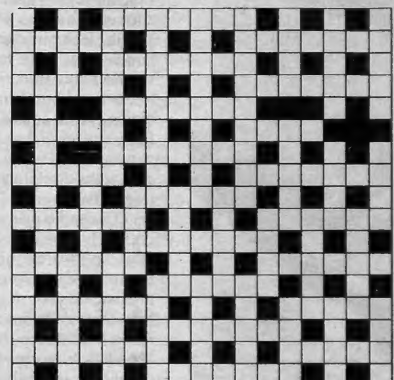
1. Pronunciar un discurso.
2. Indio fueguino./ Terminación de alquino./ Universal Tourism Organization, para la promoción del turismo.
3. Abreviatura de " figuradamente"./ Apócope de tuyos./ Gracia.
4. Esposa del rey./ Arbol de copa cónica.
5. Prefijo: pueblo, raza./ Eleves por medio de una cuerda.
6. Nombre oficial del Sarre./ Rumiante cérvido muy veloz.
7. Región de Grecia.
8. Abreviatura de "vigente"./ Unión Democrática Independiente (Chile)./ Argolla.
9. Iniciales del poeta argentino González Tuñón, autor de "El violín del diablo"./ Expulsión violenta del aire de los pulmones.
10. Conocido juego de mesa.
11. Sitio./ Del campo.

VERTICALES

1. Cajas, baúles./ De la vía.
2. Hija del hijo.
3. Cara de la hoja de un libro./ Bebida estimulante hecha de ron o coñac, agua caliente azucarada y limón.
4. Nombre de mujer.
5. Nombre de la actriz Hayworth./ Persona encargada de la tutela de un menor.
6. Naciones Unidas./ Tomad, agarrad.
7. Flor del rosal./ Reproducir literalmente palabras dichas por otro.
8. Carro romano de dos caballos.
9. Brusquedad, aspereza./ Agarrar.
10. Emblema protector de las tribus.
11. Gracioso./ Ovalado.

Cruzex

Acomode las palabras de la lista en el diagrama, de manera que se crucen correctamente.



4 Letras
Aire
Atar
Bajo
Cabo
Cera
Cual
Goas
Muni
Nata
Nave
Orna

5 Letras
Añeja
Asear
Atril
Betún
Buche
Censo
Islam
Llaga
Peras
Raros
Reúne
Rojas
Señas
Terca
Trino
Urubú
Zejel

6 Letras
Asceta
Beberé
Charco
Epicas
Erales
Erraré
Golear
Jácaro
Zapato
Quebrar
Rechine
Retrate
Ucrania

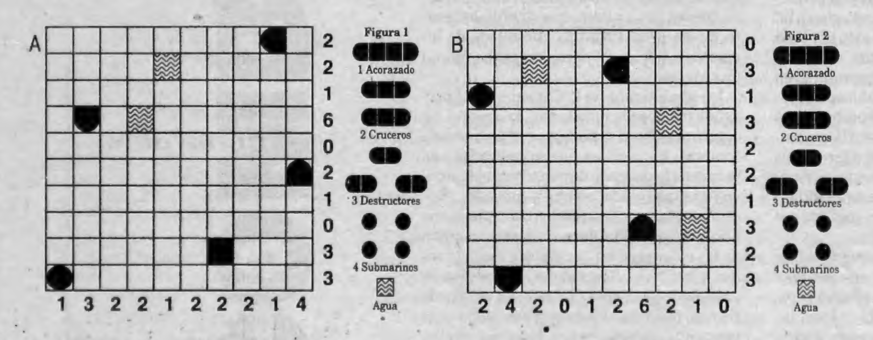
7 Letras
Acudirá
Alameda
Aparecí
Aunaron
Entorno
Excavan
Jerarca
Lisiado

8 Letras
Quemarás

9 Letras
Escándalo
Renunciar
Reverdece
Sospechar

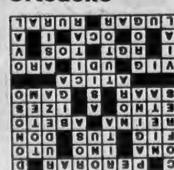
Batalla naval

En cada tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en las figuras 1 y 2. Sólo se conocen algunos de los cuadros ocupados por la flota, y algunos de los que están invadadidos por agua (tal como se indica en el interior de cada tablero. Fíjese que las formas le indican si se trata de una punta de barco, de un submarino completo, etc.). Además, al pie de cada columna y al costado derecho de cada fila, se indica con números cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca, para cada tablero, la situación de la flota. Tenga en cuenta que en todos los cuadros alrededor de cada barco hay agua, es decir que los barcos no se pueden tocar por ninguno de sus lados ni por los vértices de las casillas que ocupan.



Soluciones

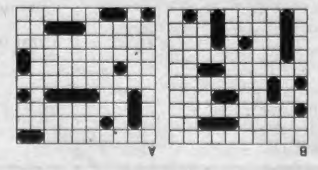
Ortodoxo



Desde estas soleadas playas

Carolina, tía, Ibiza, e-mail.
Irene, esposa, Miami, postal.
Matilde, madre, Capri, carta.
Victoria, hija, Cancún, telegrama

Batalla naval



Cruzex

